

más que una voz para felicitarnos de que haya llegado para nuestra alma la hora de la salvación: *Hodiè salus domui huic facta est.*

Pero pensadlo bien: no se trata de recibir como de paso al Salvador. Quiere ser recibido para permanecer, para hacer su residencia habitual: *Oportet me manere.* No se trata, pues, de recibir á Jesús solamente entre los días de la infancia y de la adolescencia, de recibirle solamente mientras estamos en el colegio, de recibirle solamente en los años en que el corazón, libre de compromisos, no está todavía preocupado con las cargas y los cuidados de la familia, para expulsarle en seguida de nuestras almas y de nuestra memoria, en cuanto hayamos entrado en el mundo; ó si sufrimos ya todo el peso de la vida, acogerle solamente en las épocas solemnes en que los remordimientos y enternecedores ejemplos nos recuerdan el volver á Él. Se trata de recibirle en nosotros para siempre. No olvidemos lo que dijo el discípulo amado: «El que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios permanece en él (1). ¡Dichosos si en la hora de nuestra muerte nos encontramos en esa apetecida sociedad, en esa inefable unión de Dios en nosotros y de nosotros en Dios!... Entonces Jesucristo nos recompensará el haberle acogido acá abajo en la casa de nuestro corazón, y nos recibirá en esa casa del cielo, en donde nos ha dicho que hay muchas y diversas mansiones, según los grados de virtud (2). Entonces estaremos con Él por toda la eternidad. Así sea.

(1) Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo. (*San Juan*, vi, 10.)

(2) In domo Patris mei, mansiones multe sunt. (*Ibid.*, xiv, 2.)

HOMILÍA

SOBRE

LA PARÁBOLA DEL RICO AVARIENTO (1).

Dicite justo quoniam benè. Væ impio in malum! Retributio enim manuum ejus fiet ei. (Isaias, III, 11.)

Diréis al justo que para él todo está bien: diréis al impío que para él todo está mal; porque recibirá de mí el premio de sus obras.

Nada escandaliza tanto á la mayoría de los hombres como el ver con frecuencia prosperar al crimen en este mundo, y gozar de todas las dulzuras de la vida, mientras la virtud yace sumida en la desgracia, arrastrando su triste existencia entre las penalidades y las angustias de la muerte.

Para prevenir el escándalo de la razón del hombre y de la fe del cristiano, Dios dijo un día al profeta Isaias: «Ve á buscar al justo y al impío, encontrarás al justo con la frente abatida, los ojos llenos de lágrimas, el rostro pálido, el aspecto melancólico, sin más compañía que la miseria, la humillación y el dolor. Sin embargo, te ordeno te regocijes con él, y que le digas de mi parte que es feliz: *Dicite justo quoniam benè.* Por el contrario, encontrarás al impío entre las riquezas, los honores y los placeres,

(1) Predicado en una asamblea de caridad.

vestido con lujo, con la satisfacción pintada en el rostro, radiante de felicidad, envidiado por unos y adulado por otros. Sin embargo, guárdate muy bien de felicitarle, de aplaudirle. Derrama más bien lágrimas sobre él, y declárale, en mi nombre, que no hay desgracia comparable á su desgracia. *Vae impio in malum!*...

¿Y por qué?... Porque el tiempo pasa, el mundo se desvanece, y por fin llegará el día en que todo eso concluirá, y yo convertiré en delicias las penas del justo, y en penas las delicias del impío: *Retributio meriti ejus fiet ei.*

Grandiosa é importante doctrina, hermanos míos!... porque es la justificación de la Providencia, el consuelo de los afligidos: es el desengaño de los afortunados del siglo, la regla de la vida, la preparación de la muerte, la santificación de toda moral.

También nuestro divino Salvador no se contentó con inculcar frecuentemente con graves palabras esa misma doctrina, y quiso presentárnosla como en acción en la historia del rico avariento y del mendigo Lázaro.

Llamado hoy á defender la causa del pobre, he creído no poder hacer cosa mejor que explicaros esa historia, en la que el Salvador ha pintado con colores divinos la felicidad del pobre, y le ha asegurado tan eficazmente el auxilio del rico. Mas al abogar la causa del indigente, tengo la confianza y seguridad de procurar por los intereses de todos, porque todos, al ver en lo que viene á parar la felicidad de los malvados y la desgracia de los buenos, aprenderán á reformar sus ideas, sus deseos y toda su conducta.

PRIMERA PARTE.

Había, nos dice el Salvador en el Evangelio de San Lucas, un rico que no sabía emplear sus riquezas más

que en lujosos trajes y suntuosos banquetes. Vestía telas de finísimo lino y de púrpura, como los Reyes, y todos los días daba en su casa festines y espléndidas comidas (1).

Junto á la puerta del rico yacía tendido un mendigo llamado Lázaro, cubierto de llagas y de úlceras (2). La filantropía de aquel tiempo no había hecho todavía el grande descubrimiento reservado á nuestros días, de que la pobreza es un crimen, y que es necesario castigar al pobre privándole de su libertad para que no perturbe con su presencia, cual espectro importuno, los goces y la felicidad del rico. Así era que se toleraba á aquel desgraciado mendigo, á pesar de lo repugnante de su exterior, que estuviese tendido á la puerta de la opulenta casa.

Desprovisto de todo, y muriéndose de hambre, el desdichado hubiera deseado le diesen algunas migajas de las que caían de la suntuosa mesa del rico, y solicitaba, aunque en vano, aquel mezquino socorro (3).

Sólo los perros de la casa, más humanos que su amo, solían lamer las llagas á Lázaro, y parecía que de ese modo procuraban atenuar sus dolores é indemnizarle de la insensibilidad de los hombres (4).

¿Qué pensáis vosotros que hubieran podido decir los hombres extraños á nuestra fe y á nuestras esperanzas, en vista de semejantes escenas, y del contraste de una prosperidad que había llegado al colmo, y de una miseria que había caído en el último grado de la abyección? Hubieran dicho lo que dicen á veces, ó que se hallan inclinados á decir, algunos cristianos inconsiderados:

(1) Homo quidam erat dives, qui induebatur purpura et bysso et epulabatur quotidie splendide. (*San Lucas*, xvi, 19.)

(2) Et erat quidam mendicus, nomine Lazarus, qui jacebat ante portam divitis ulceribus plenus. (*Ibid.*)

(3) Cupiens saturari de micis quae cadebant de mensa divitis, et nemo illi dabat. (*Ibid.*, 21.)

(4) Sed et canes veniebant et lingebant ulcera ejus. (*Ibid.*)

«¡Gran Dios!... ¿Cuál es vuestra justicia?... ¿Cuál es vuestra Providencia?... ¿Cómo daís todo á ese, y al otro nada?... ¡Se ve muy bien que es necesario ser malvado para llegar á ser feliz en este mundo!... ¡La miseria y el desamparo son el patrimonio de la virtud y de la honradez!...»

Pero Dios ve las cosas de distinta manera: las ve tales como son en sí mismas y con relación á sus supremas leyes. Suponed que hubiese enviado el Profeta Isaías á aquellos dos hombres: no por eso habría dejado de encarar al Profeta que dijese á Lázaro, tan dolorido, tan desprovisto de socorro y de consuelo: «Tu suerte es feliz, y preferible á cualquiera otra.» Y no hubiera omitido el hacer que se dijese al rico, á pesar de su profunda seguridad y de su supuesta felicidad, objeto de envidia: «¡Tú eres, oh rico, el más desgraciado de los hombres!... *Dicite justo quoniam benè, Vae impio in malum!*...»

San Cirilo, Euthymo, y otros muchos Padres, apoyándose en las tradiciones de los judíos, afirman que esa narración no era una simple parábola, sino la historia de un hecho verdadero acaecido en Jerusalén; y añaden que el nombre del rico, conservado por la tradición era el de Nicencius. Sin embargo, según observa San Gregorio, es necesario tener en cuenta que nuestro Señor no le designa por su nombre, sino que, por una especie de desprecio, se limita á designarle en estos términos: «Un hombre rico: *Homo quidam dives.*» Mientras que al hablar del pobre, el Salvador del mundo pronuncia su nombre con una satisfacción muy marcada, cuando dice: «Había allí un pobre mendigo llamado Lázaro: *Et erat quidam mendicus nomine Lazarus.*» Lo cual evidentemente, añade San Gregorio, es como si dijese: «El que nombro, merece mi aprobación, y si yo muestro que le conozco, es porque quiero salvarle. El que no nombro, y aparento descono-

cer, se halla ya marcado con un sello de reprobación (1).

Consolaos, pues, almas justas, pero desoladas y affigidas en la tierra, y condenadas al desamparo y al olvido que son el patrimonio de la pobreza. Vuestros nombres son ignorados entre los hombres, pero son conocidos de Dios. No están inscritos ó grabados sobre ningún monumento en este mundo, pero lo están con letras de oro en el gran libro del cielo y en el catálogo de los predestinados. A vuestra muerte seréis recibidos allá arriba como conocimientos antiguos, y sois en efecto conocidos allí desde ahora. Los ángeles, todos los bienaventurados, y la misma Reina de los ángeles, repiten vuestros nombres á que pasan de boca en boca. Nuestro Señor Jesucristo los pronuncia con un afecto y una ternura particular, y Él es quien os ha dicho en el Evangelio: «Regocijaos, entregaos á todos los trasportes del júbilo, porque vuestros nombres están inscritos en los cielos (2).»

Pero ¡cuán desgraciados son los grandes de la tierra si no son verdaderos cristianos!... Sus nombres, citados en todos los libros, grabados en monumentos públicos, consignados en todas las historias, repetidos en todas las lenguas, no son conocidos en el cielo. Nadie se ocupa allí de esas grandezas que tanto ruido meten acá abajo. Dios conoce á los que le pertenecen, mas no á sus enemigos; olvida su nombre: y ese olvido es el desprecio, es el oprobio reservado á los que hayan despreciado á Dios y su Cristo (3). Así, cuando después de haber sido acá abajo extraños á la misericordia, extraños al amor del hombre y al amor de Dios, quieran después de la muerte implorar la divina misericordia, se les contestará con

(1) Perindè ac si aperte dicat: Illum cognitum per approbationem habeo hunc per iudicium condemnationis ignoro. (*San Gregorio.*)

(2) Gaudete quod nomina vestra scripta sunt in cælis. (*San Lucas, x, 20.*)

(3) Qui contemnunt me erunt ignobiles. (*T. Reg., ii, 31.*)

estas terribles y pavorosas palabras: «¡No os conozco!... *Nescio vos.*

Ahora tal vez me preguntaréis por qué Lázaro era tan agradable á Dios, y Nicencio no era para Él más que un objeto de odio y de reprobación. Porque Lázaro, dice San Gregorio, en su extremada miseria, no acusaba al cielo ni á los hombres. De sus labios no salían ni murmullos, ni imprecaciones, ni amargas quejas (1). Desprovisto de todos los bienes terrenales, añade San Ambrosio, Lázaro era rico en méritos y virtudes, rico en todos los bienes del cielo (2). Y por eso el Dios de bondad pronunció su nombre con tanto amor: *Erat quidam mendicus nomine Lazarus.*

Nicencio, por el contrario, era uno de esos ricos que, pasando su vida en la disipación, el lujo, los festines y los placeres, no hacen caso de Dios, de su alma ni de la eternidad. A pesar de sus suntuosos banquetes, su alma permanecía siempre famélica, y bajo sus lujosos atavíos encubría un corazón cruel y entrañas de hierro (3). La vista del pobre lleno de dolores y espirante de hambre, sólo servía para endurecer más aquella alma desgraciada, aprisionada, ó más bien, como dice San Basilio, sepultada en su brutal sensualidad (4). Por eso Jesucristo se avergonzaba de él, le tenía hasta horror, y no pronunció su nombre; un hombre rico: *Homo quidam dives.*

Ved, pues, lo que sucede: las riquezas y los placeres no son garantías ni preservativos contra las sorpresas de la muerte. Nicencio, en toda la fuerza de la edad, en los mejores días de sus fiestas y placeres, fué arrebatado á

(1) Non murmur edidit; non convicium dixit; non stomachose succensuit. (*San Gregorio.*)

(2) Pauper sæculo, sed in Deo dives. (*San Ambrosio.*)

(3) Purpura bysso, epulis ferrea viscera crudelis anima nutriebat. (*San Pedro Crisólogo.*)

(4) Anima ejus in abdomine sepulta jacebat. (*San Basilio.*)

su dulce vida, y murió al mismo tiempo que el pobre Lázaro, cuyos padecimientos no precipitaron su muerte. El impuro cadáver del rico fué cubierto de perfumes, honor inmerecido, que puede ser mirado como una nueva mancha. Fué cuidadosamente envuelto en ricas telas, depositado en un ataúd de subido precio magníficamente adornado, y acompañado de un numeroso séquito de criados, parientes, amigos y cómplices de sus maldades, y depositado después de pomposos elogios en un soberbio mausoleo.

Por otra parte, los venerables restos, el santo cuerpo de Lázaro, cubierto apenas con algunos pedazos de tela y de vestidos, sin un solo deudo que le acompañase, sin un solo amigo que le llorase y le siguiese, abandonado en muerte como en vida, fué conducido en unas humildes parihuelas por dos sepultureros, y arrojado con otros muchos desgraciados en la huesa de los pobres.

Más en tanto que los restos de esos dos hombres reciben tan diverso tratamiento en este mundo visible, el Hijo de Dios nos descubre el velo, y nos da á conocer otro contraste en el tratamiento opuesto que les aguarda al salir de la vida.

Nos revela que mientras el cuerpo del rico es depositado sobre mármoles de gran precio, su alma, entregada á los espíritus de las tinieblas, es por ellos arrastrada y sepultada en los infiernos: «El rico murió, y tuvo el infierno por sepulcro» (1). Al contrario; mientras que el cuerpo de Lázaro era tratado con tan poca consideración y hasta con desprecio sobre la tierra, los ángeles acogen su alma santa, la llevan en triunfo á los cielos, y la colocan como sobre un trono de gloria en el seno de Abraham. Sucedió, nos dice el Evangelio, que el mendigo murió también y fué trasportado por los ángeles al seno

(1) Mortuus est dives et sepultus est in inferno. (*San Lucas, xvi, 22.*)

de Abraham (1); es decir, á ese lugar de reposo y de felicidad en que los justos aguardaban la venida del Mesías.

Observad con atención el contraste de estas palabras: «El rico muere, y es sepultado en el infierno: el pobre muere también, y es llevado por los ángeles al seno de Abraham.»

El rico murió; es decir, que de todos los bienes que tuvo y gozó, no le quedó más que el abuso que hizo de ellos y el pecado. La muerte viene á despojarle: riquezas, placeres, diversiones, fiestas que se sucedían sin interrupción, círculos de amigos y de aduladores, todo ha desaparecido, todo se ha desvanecido. Con él y para él, todo ha muerto: pero todavía no es bastante. Del seno de todos los goces del mundo cayó en el centro de todos los males, de todos los padecimientos. ¡Oh catástrofe horrible!... ¡Oh espantosa mudanza!... Aquel á quien todos los deleites parecía que tenían orden de halagar alternativamente, no tiene ya otro acompañamiento que el espantoso cortejo de todos los tormentos, á que no puede sustraerse ni un solo instante (2).

Por el contrario, Lázaro ha visto cesar para él con el último soplo de vida, dolores, desconuelos, insomnios, los tormentos del hambre y de la sed, y los desprecios de los venturosos del siglo. Héle ahí que de un golpe ha pasado del trabajo al reposo, del desprecio á la gloria, del abismo de la miseria á la posesión de todos los bienes. No había sitio para él en el rincón más miserable de la casa de los ricos: yacía en la vía pública, reducido á la compañía y la conmiseración de los animales, y hé ahí que es trasportado á los cielos por la mano de los

(1) Factum est autem ut moreretur et mendicus, et portaretur ab angelis in sinum Abraham. (*San Lucas, xvi, 22.*)

(2) Cui adstiterunt voluptatis obsequia, adstant ministeria nunc pœnarum. (*San Pedro Crisólogo.*)

ángeles, y para recibirle parece dilatarse la mansión del reposo y de todo consuelo (1).

Ese conmovedor contraste del fin del rico y del del pobre nos impresiona, como si fuese cosa rara y completamente nueva, y sin embargo, son escenas que presenciarnos todos los días. Sí; mientras que los despojos mortales de los grandes y de los ricos de la tierra se hallan rodeados de tanto esplendor y pompa, apenas se encuentran dos sepultureros que de mal grado se apresuran á arrojar en el osario común los restos del pobre. Pero, dice San Agustín, si la mano profética que trazó sobre la pared el funesto destino de Baltasar levantase el velo que encubre los misterios del mundo espiritual, veríamos que si una multitud de criados con librea de luto sigue el cortejo fúnebre del rico avaro, ambicioso, sensual, muerto en el pecado, una multitud gozosa de ángeles, Santos, entonando himnos de gloria, rodea y acompaña el humilde féretro del pobre que muere en gracia de Dios (2).

Observad, dice San Juan Crisóstomo, y el mismo Jesucristo nos ha hecho esta revelación, que la bondad de Dios no se contentó con enviar un ángel para honrar el alma de aquel justo que murió pobre, sino que le envió toda una legión de ángeles para que la sirviesen de cortejo, y entonasen en derredor suyo gozosos cánticos (3). Es preciso que una fiesta pública entre los habitantes de los cielos compense la soledad y el abandono que el pobre ha experimentado en la tierra.

«¡Oh si pudiésemos ver, continúa San Juan Crisóstomo, si pudiésemos ver con qué afanoso anhelo los ánge-

(1) Quem divitis angulus non recepit, sinus divinæ consolationis obtinuit. (*San Pedro Crisólogo.*)

(2) Funus divitis antecedit lugubris turba servorum; feretrum pauperis antecedit angelorum multitudo psallentium. (*San Agustín.*)

(3) Non sufficit ad portandum unus angelus; plures veniunt ut chorum lætitiæ agant. (*San Juan Crisóstomo.*)

les benditos se disputan el honor de acercarse á esa alma de un amigo de Dios, muerto en la miseria y el dolor!... ¡Con qué reverencia la tratan como la esposa y la reina de su común Señor!... ¡Con qué trasportes de júbilo la bendicen y la ensalzan al ver radiar sobre ella el *Thau* misterioso de los elegidos, el signo de la predestinación eterna!...»

De esta revelación del Hijo de Dios se ha inspirado la Iglesia cuando compuso el rito tan patético y tan dulce con el que, como Madre piadosa y tierna, acompaña las almas de sus hijos muertos en el Señor apenas acaba de espirar el cristiano. «Ángeles de Dios, exclama la Iglesia: apresuráos á venir en su auxilio. Corred á recoger su alma, encargáos de llevarla á la presencia del Altísimo» (1). Y luego, dirigiéndose á la misma alma, la Iglesia prosigue: «Alma cristiana, partid gozosa: un coro de ángeles va á recibirnos, para que, en compañía de Lázaro, en otro tiempo tan miserable y ahora tan dichoso, obtengáis también el reposo eterno» (2).

Así la muerte ha cambiado todos los papeles y trastornado todas las posiciones; ha elevado de abajo á arriba al justo, y ha precipitado de arriba á abajo al malo orgulloso. ¡Ah, hermanos míos! Si á ese resultado debe ir á parar la prosperidad del rico malo y el infortunio del pobre virtuoso, no estamos en el caso de repetir siempre con el profeta: «Bienaventurado el justo, á pesar de sus tribulaciones!... ¡Desgraciado del impío en el seno mismo de todas sus prosperidades!...» *Dicite justo*, etc.

Pero no se limita la gloria de los justos ni el oprobio de los malvados después de la muerte: desde el seno de sus tormentos, el rico malo, según la narración evangé-

(1) Subvenite, sancti Dei, acurrite, angeli Domini, suscipientes animam ejus et afferentes in conspectu Altissimi. (*Rit. Rom.*)

(2) Chorus angelorum te suscipiat, ut cum Lazaro quondam paupere æternam habeas requiem. (*Ibid.*)

lica, eleva demasiado tarde, y guía por primera vez sus miradas hácia el cielo, que durante toda su vida tuvo fijas en la tierra (1). Ve en la gloria á Abraham, y en su seno á aquel mismo Lázaro que en vida veía todos los días tendido en el umbral de su puerta, y á quien ni aun se dignaba mirar (2). Sabemos, pues, de ese modo que los réprobos en el infierno tendrán siempre presentes ante su vista á aquellos elegidos que hayan perseguido sobre la tierra, cuya perseverancia, llenándolos de terror, aumentará sus tormentos (3). Verán, llenos de seguridad y triunfantes, á los que fueron los juguetes y las víctimas de sus injusticias y de su crueldad (4). «Hé ahí, dirán, aquellos á quienes tanto despreciamos. Su sabiduría no era á nuestros ojos más que imbecilidad; su delicadeza de conciencia, más que necedad; su religiosidad y su fe, más que superstición, debilidad y degradación de la razón humana. Sólo nosotros fuimos los verdaderos insensatos. Hélos ahí, colocados en el número de los hijos de Dios, y en plena posesión de la felicidad de los Santos (5).»

Nicencio ve, pues, y reconoce á aquel Lázaro, en otro tiempo tan despreciable y tan pobre, y ahora rico de felicidad, hasta el punto de poder dársela á los demás, sin temor de que jamás le falte á él mismo. «¡Padre Abraham, exclama con voz entrecortada por los suspiros y sollozos; tened compasión de mí! ¡*Pater Abraham, misere-re mei!*... Enviadme por un momento á ese Lázaro que estrecháis contra vuestro corazón. Decidle que humedezca sus dedos con el agua para refrescar mi lengua, porque sufro tormentos horribles con estas llamas (6).

(1) Cum esset in tormentis elevans oculos. (*San Lucas*, xvi, 23.)

(2) Vidit Abraham et Lazarum in sinu ejus. (*Ibid.*)

(3) Videntes turbabuntur timore horribili. (*Sap.*, v. 2.)

(4) Stabunt justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt. (*Ibid.*, v. 1.)

(5) Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam. (*Ibid.*, 4.)

(6) Mitte Lazarum ut intingat extremum digiti sui in aquam et refrigeret guam meam, quia crucior in hac flamma. (*San Lucas*, xvi, 24.)